ANNA DÉDALUS DETECTIVE. LA PARADOJA DE FERMI
Miguel Ángel Giner Bou y Susanna Martín

© del texto y el color: Miguel Ángel Giner Bou, 2019
© de los dibujos: Susanna Martín, 2019
© Andana Llibres S.L.
Arbres, 23
46680 Algemesí
www.andana.net
andana@andana.net

Asesoramiento lingüístico: Leticia Oyola
Diseño y maquetación: LaGRÚAestudio

Impreso por: Impressa.es

Prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de este libro en ninguna forma ni mediante ningún medio sin la autorización escrita del editor. Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 02 19 70 / 932 72 04 47). Todos los derechos reservados.

1.ª edición, junio de 2019
ISBN: 978-84-17497-43-9
Depósito legal: V-1378-2019

ÍNDICE

El vuelo 7
Mantequilla y bigotes 13
La visita 39
Puente del Inca 45
Todo se mueve 73
El reencuentro 77
Tensión en la gruta 81
Todo se viene abajo 87
El hilo de Ariadna 91
El Minotauro 95
Mi Buenos Aires querido 103
Una sombra 111
El último cuaderno 115

«I want to believe.»
Expediente X

EL VUELO

—¡Estoy desesperado! ¡No puedo aguantar más esta situación! ¡Anna y Bloom han desaparecido!

No sé nada de ella desde que se marchó a Argentina para resolver el caso del accidente de avión. Ni yo, ni el Gobierno argentino, ni el Gobierno español, ni la policía ni la Interpol… ¡Nada! Y es muy raro que yo no sepa nada porque, si le hubiese pasado cualquier cosa, al primero al que se lo habría dicho habría sido a su tío Eugene.

No me doy cuenta de que voy cocina arriba cocina abajo, mientras Matilda, mi gata gorda y parda, se restriega peligrosamente por mis piernas pidiendo insistentemente la cena con sonoros maullidos. Intento controlar mi estado de ánimo, que en estos momentos es más que nervioso, histérico, diría yo, pero es imposible hacerlo, no lo puedo remediar: no saber nada de Anna me produce tal intranquilidad y desasosiego que me hundo en los abismos de la tristeza sin remedio.

No sé cómo he acabado enfrente de la nevera y me he preparado un enorme bocadillo de salchichón y chorizo con mantequilla que me zampo sin pestañear. Además, lo acompaño de un refresco de naranja medio congelado y con cubitos de hielo, que es como de verdad me gustan los refrescos. Aprovecho para darle de comer a la gata, a ver si así para de maullar y me deja un poco en paz.

—Sí, ya lo sé. Tengo el azúcar y el colesterol alto y debo controlar mi dieta —digo, como si Anna estuviera aquí recriminándome por el bocadillo excesivamente calórico.

Pero no está.

La gata, al oír mi voz, me ha mirado durante un segundo y luego ha pasado de mí y ha seguido a lo suyo, es decir, a engullir la comida que le acabo de poner.

Hace seis meses, más o menos, llamaron a Anna desde el otro lado del charco. Los Gobiernos de Chile y de Argentina se habían puesto en contacto con la embajada española para solicitar urgentemente la ayuda de la joven detective valenciana, ya que tenían entre manos un complicadísimo caso que les era imposible solucionar. Y es que, después de desvelar el misterio de la mansión quemada, la fama de mi sobrina ha llegado tan lejos que solicitan sus habilidades desde todas las partes del mundo. Maldigo el día en que, de entre todos los casos que podía haber aceptado, eligió precisamente este, tan lejos y tan peligroso.

Me he acabado el bocadillo y el refresco, y sigo con hambre. ¡Caray! No lo puedo evitar… La ansiedad me abre el estómago y es un pozo sin fondo, un monstruo de dientes afilados que no se sacia nunca. Creo recordar que hay galletas de chocolate en la despensa.

Mientras abro el paquete de galletas Príncipe, las preferidas de Anna, hago balance de cómo empezó todo, de cómo le llegó el caso y de cómo lo aceptó, poniendo rumbo a las montañas argentinas. Desde que lo recibió hace un siglo, lo he leído y lo he estudiado un millón de veces, pero, ay, yo no tengo las habilidades que tiene Anna y que tenían sus padres, y soy incapaz de ver nada más allá de lo que leo.

Un avión que hacía el viaje entre Buenos Aires y Santiago de Chile desapareció misteriosamente, tras un fuerte temporal, a más de 1500 metros de altitud, en las montañas nevadas de los Andes. Un helicóptero de rescate del gobierno argentino, después de más de cincuenta salidas, logró localizarlo cerca del volcán Tinguiririca, partido por la mitad, sin las alas y cubierto por la nieve casi por completo. Al no observar desde el aire restos de un campamento improvisado o algo similar, se esperaban encontrar el interior del avión sembrado de cadáveres. Pero no fue así. Para sorpresa de los hombres de acción del Gobierno

argentino, hombres rudos difíciles de sorprender, allí no había ni un solo pasajero. Tampoco azafatas, ni piloto ni copiloto; absolutamente nadie. El avión estaba completamente vacío. El equipo de rescate estaba estupefacto, no podía explicar lo que tenía delante.

El Gobierno argentino comprobó las tarjetas de embarque y vio que, efectivamente, unas sesenta personas habían subido al avión: cincuenta pasajeros, tres pilotos y, el resto, personal de vuelo. De los cincuenta pasajeros, veinticinco eran hombres; veinte, mujeres, y cinco, niños, uno de ellos en silla de ruedas. Además, dos parejas eran mayores de 75 años. Si todos habían subido al avión en Buenos Aires, ¿dónde demonios habían ido a parar? ¿Cómo era posible que hubieran desaparecido sin dejar rastro?

Según los informes, un Airbus AJ35 de la compañía de bajo coste Lufanair salió de la ciudad de Buenos Aires con destino a Santiago de Chile a las 12.00 horas. Para superar la cordillera de los Andes el aparato tuvo que ascender hasta una altitud de 5000 metros sobre el nivel del mar. Debido al mal tiempo, el piloto estuvo a punto de hacer una parada en el aeropuerto El Plumillero en la ciudad de Mendoza, pero finalmente decidió subir un poco más, sobrepasando las nubes, como quedó registrado a las 13.06 horas en el control de tránsito aéreo del aeropuerto de Mendoza. Un mar de algodón, a modo de esponjoso colchón, se extendía por debajo del avión. Más abajo, esperando con los dientes hacia arriba, estaba la cordillera de los Andes. Pero al poco de alcanzar lo que parecía una ruta segura, unas fuertes rachas de viento empezaron a mover caprichosamente el avión, alejándolo considerablemente de su destino. Por si fuera poco, un fallo mecánico obligó al piloto a iniciar un forzoso descenso con el objetivo de aterrizar lo antes posible en el aeropuerto de Pudahuel, ya en territorio chileno. Cuando el avión descendió hasta los 3000 metros con la intención de iniciar las maniobras

de aterrizaje, al entrar en el supuesto colchón de nubes, se encontró de pronto inmerso en un temporal que lo hizo zozobrar como un buque en plena tormenta. El experimentado piloto decidió bajar aún más, situando el aparato a tan solo 1000 metros sobre el nivel del mar. Esto fue fatal para el destino del avión, ya que las fuertes rachas de viento lo lanzaron a la boca del lobo: un profundo cajón, formado por las imponentes montañas de la cordillera. En un instante en el que la niebla dejó entrever algo, el piloto se encontró de frente la enorme montaña cubierta de nieve del final del cajón, que pudo esquivar a duras penas, cosa que no pudo hacer con el siguiente risco, que partió el avión por la mitad, enviando, se supone, a la mitad de los pasajeros con sus respectivas butacas sobre las frías y blancas nieves de la montaña.

En el momento en que investigaron los restos del avión, encontraron allí todo el equipaje, tanto las maletas de mano como las de la bodega. También hallaron indicios de que la comida había sido servida, como era habitual, media hora después del despegue en Buenos Aires. Esto quiere decir que todo el pasaje desapareció misteriosamente en algún momento entre las 12.30 y las 14.00 horas aproximadamente, que es cuando se registró el accidente.

Cuando Anna leyó este informe y la correspondiente petición de ir a investigarlo, cuando la boca se le torció en una leve sonrisa, cuando levantó los ojos y me miró, ya sabía que irremediablemente iba a hacer las maletas.

—Pero ¿es necesario que vayas? Aquello está muy lejos, querida —le comenté.

—Ja, ja. Ya sabes la respuesta, tío Eugene —me dijo.

—La sé, pero esta vez no puedo acompañarte. Ya sabes que tengo que cuidar de tía Amalia, que está enferma.

—Tranquilo, no me pasará nada, me llevo a Bloom conmigo, y allí me espera el inspector Daniel, un colega argentino a quien

admiro mucho. Además, hay demasiadas cosas que hacen que sea un caso la mar de interesante.

—Sí, supongo... —mascullé sin tratar de esconder mi preocupación.

—Sobre todo, hay una cosa que no cuadra. Bueno, más de una. Pero la que más me llama la atención es una en concreto.

—¿Cuál?

—No te la puedo decir. Antes tengo que comprobar una cosa... Pero no te preocupes, que en cuanto descubra algo serás el primero en saberlo, ya lo sabes. Por otro lado, aprovecharé para hablar con la familia Mulligan. A ver si averiguo algo de mis padres.

—Bueno, mantenme informado y ten mucho cuidado, tengo un mal presentimiento.

—Lo haré, querido tío, te mantendré informado, lo prometo.

Pero no fue así. No lo hizo, no me mantuvo informado. Muy al contrario, al día siguiente cogió al bueno de Bloom y se marchó sin tan siquiera despedirse. Pocos días después me llamaba el inspector Daniel para decirme que mi sobrina había desaparecido en las montañas andinas. Las autoridades argentinas están haciendo lo posible por descubrir qué ha pasado, pero ya llevan un montón de semanas buscándola sin éxito, y empiezo a temer que van a abandonar la búsqueda y cerrar el caso. El único que me ha dado esperanzas es el buen amigo de Anna, el inspector Daniel, que no quiere, de ninguna manera, darse por vencido.

Además, ha insistido en que vaya a ayudarle, pero no me veo capaz de ir hasta allí y enfrentarme a la posible...

No, no quiero decirlo...

A la posible... muerte de Anna.

MANTEQUILLA Y BIGOTES

Esta mañana me han despertado unos monstruosos ruidos de estómago por el hambre, y eso que me acabé zampando todo el paquete de galletas. Si Anna llega a estar aquí, la bronca habría sido monumental, escandalosa. La gata, que, como siempre, duerme a los pies de la cama, se ha bajado rápidamente al ver que estaba despierto y ha empezado a maullar para pedir su ración matutina de comida. Es insaciable, no sé de quién lo habrá sacado. Bueno, voy a prepararme el desayuno, a ver si calmo al monstruo.

Una vez atendida Matilda, hago el ritual de todas las mañanas. Abro la puerta que da al jardín para que, después del desayuno, salga a hacer sus necesidades. Luego saco las naranjas para el zumo, el pan para tostarlo, la mantequilla, el jamón, el queso y la mermelada de manzana que tía Amalia me hace y me trae sin falta cada jueves. Mientras espero, mantequilla en mano, a que la tostadora expulse el pan (me gusta que la mantequilla se deshaga mientras el pan todavía está caliente), llaman a la puerta.

—Qué extraño, no espero a nadie —digo en voz alta.

Matilda me mira y ronronea. Voy hacia la puerta, todavía con la mantequilla en la mano, algo intrigado. A mitad de camino la mantequilla se me resbala de la mano y doy varios zarpazos en el aire para intentar recuperarla, pero, como es habitual en mí, mi falta de habilidad hace que la coja con poca destreza y que la apriete con tanta fuerza que el paquete entero revienta pringándome la mano, la cara y parte de mi pijama de dinosaurios. El timbre vuelve a sonar con insistencia, y no sé si volver a la cocina a limpiarme o si ir a abrir. Decido ir a la cocina a dejar, por lo menos, el paquete de mantequilla, o lo que queda de él, en la mesa. El timbre vuelve a sonar, así que

salgo corriendo otra vez pasillo adelante a ver quién demonios es y por qué insiste tanto. Mi casa no es que sea muy grande: es una vieja casa de arquitectura inglesa que está a nivel de calle, con un pequeño patio delantero y un pequeño jardín detrás. Es de tres alturas: en la parte de abajo tiene el comedor, un pasillo junto a la entrada, que da a la cocina, y un pequeño baño. La puerta de la cocina da directamente al jardín trasero. Arriba tengo un par de habitaciones, y, otro baño, y, más arriba, el ático, que sirve de despacho y biblioteca a Anna. Es pequeña, como decía, pero ya estoy mayor para tanta ida y vuelta.

Todavía con las manos pringosas, y jadeando, cojo las llaves y abro por fin la puerta, y, ante mi sorpresa, compruebo que no hay nadie. Me asomo, con mi pijama de dinosaurios, y me encuentro con el patio frontal vacío. Ni un alma. Maldiciendo al gamberro que me ha gastado la broma, vuelvo a la cocina para limpiarme y proseguir con mi opíparo y esperado desayuno. Cuando llego, sentado a la mesa de la cocina hay un señor de enorme mostacho y cara simpática esperándome con la traidora de Matilde en brazos ronroneándole como si le fuera la vida en ello. Por si fuera poco, está untando en una de mis tostadas la poca mantequilla que queda. El señor de mostacho, se entiende, no la gata.

—¡¿Quién es usted y qué hace en mi cocina con mi gata y mi tostada?! —le espeto enfadado.

—¡Che, como no abriste, me vine por la puerta de atrás! —dice con un fuerte acento argentino mientras acaricia a la gata—. Vaya con cuidado, que estaba abierta. Lindo pijama, por cierto. ¿Cómo se llama?

—Eugene.

—Cheee, vos no, el gato… Vos ya lo sé.

—Gata.

—¿Qué?

—Gata, es gata y se llama Matilda.

—Ah, bonito nombre, ¿es por Roald Dahl?

—¿Cómo?

—Sí, pibe, por el libro de Roald Dahl, *Matilda*, ya sabe, la niña que leía mucho.

—Ah, sí, supongo que sí. Se lo puso mi sobrina. Pero bueno —prosigo mosqueado—, déjese de historias y dígame qué demonios hace en mi cocina.

—¿No se lo imagina? —su mirada de pronto es inteligente y viva.

Ya he comentado que no soy detective y que los acertijos se me dan bastante mal, pero no hace falta ser un lince para deducir que este señor argentino de gran mostacho que está sentado en mi mesa jalándose mis tostadas puede tener alguna relación con mi sobrina. Solo espero que no haya venido para darme una mala noticia.

—Supongo que es de la embajada argentina y que viene por algo relacionado con Anna, ¿no es así?

—Jo, jo, por supuesto, compadre. Estoy acá porque es imprescindible que hable con vos.

—¿Hablar conmigo?

—Hablar con vos.

—¡¿Y sobre qué quiere hablar?! ¡¿Le ha pasado algo malo a Anna?! —le digo subiendo el tono de voz, ya que parece que está jugando conmigo y eso no me gusta.

—Jo, jo, jo. Ya me dijo su sobrina que sos muy especial —dice sin rebajar un ápice la viva mirada, mientras le rasca el cuello a la gata debajo de los bigotes, justo donde más le gusta.

—¿La conoce? ¿La ha visto? —digo sin poder reprimir la ansiedad. Al mismo tiempo, cojo una tostada y empiezo a morderla nervioso.

—Jo, jo, claro. Hemos trabajado mucho juntos en los últimos meses, justo hasta que ella y Bloom desaparecieron.

—Oh… ah… entonces usted es… ¡Usted es el inspector Daniel!

—Inspector Daniel Románovich, para servirle —me dice ofreciéndome la mano. Con los nervios, se me ha olvidado el nivel de pringue de mantequilla de mi mano y se la estrecho con fervor. Daniel mantiene la sonrisa a duras penas.

—Y… ¿y sabe algo más sobre ellos? ¡¿Los han encontrado?!

—Este… Me temo que no, querido amigo —me comenta mientras se limpia las manos con una servilleta que le acabo de pasar. Ha estado a punto de limpiarse en la gata, pero en el último momento ha cambiado de opinión y ha esperado la servilleta.

—Entonces, ¿qué hace aquí? Es un viaje muy largo para venir por nada.

—Jo, jo, vos tenés razón, compadre. He venido por esto de acá —dice mientras empuja a la gata para que se baje de su regazo. Matilda se niega a bajar, se aferra a los pantalones del inspector y emite un largo quejido. El inspector lo sigue intentando, pero Matilda, cuando quiere, es cabezota como ella sola. La llamo, pero no hace caso. Al final, harto de que una gata nos esté bloqueando, paso al plan B, que nunca falla: voy a la nevera y cojo su bote de comida, me acerco a su plato y la llamo. En un nanosegundo la tengo a mi lado. Segundo desayuno del día para Matilda.

Una vez liberado de la gata, el inspector coge su maletín y saca un sobre. De dentro del mismo saca un cuaderno negro cuidadosamente embutido en una bolsa de plástico.

—¿Lo reconoce? —me pregunta.

—Bueno, se parece a los cuadernos de Queta, la madre de Anna. ¿Es suyo?

—Jo, jo, jo. No, es de su sobrina —dice ofreciéndomelo—, pero ¡che, límpiese las manos antes de abrirlo, por el amor de Dios!

Le hago caso, me limpio bien las manos y luego lo abro. Efectivamente, es un cuaderno similar a los que hacía Queta,

con una historieta dentro. De hecho, el dibujo se parece un montón al de Queta, no puede negar que es hija suya.

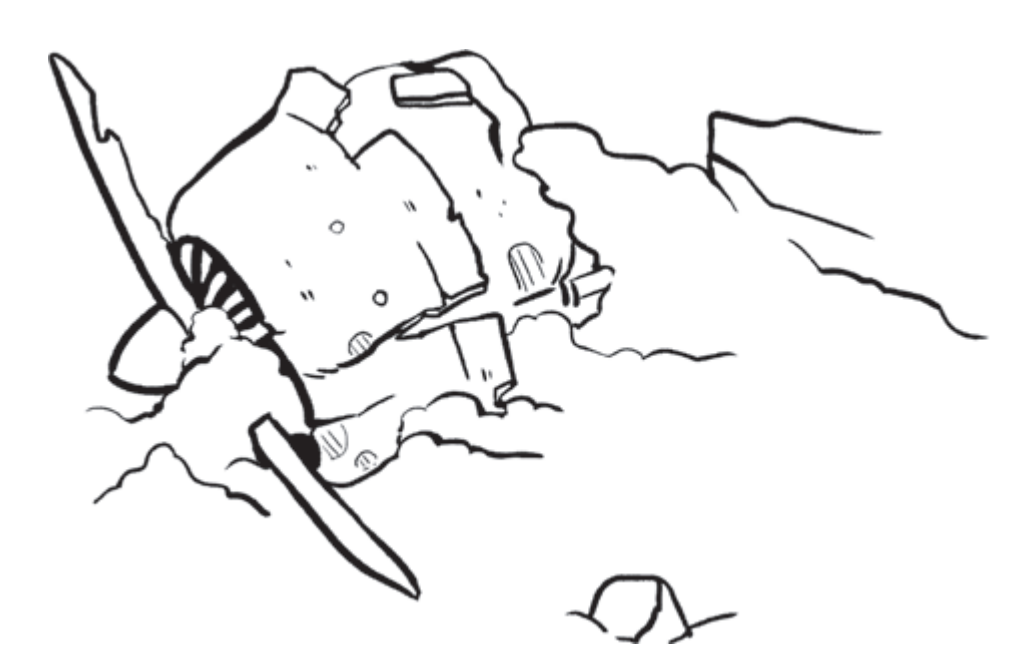
—¿Cuenta algo importante?

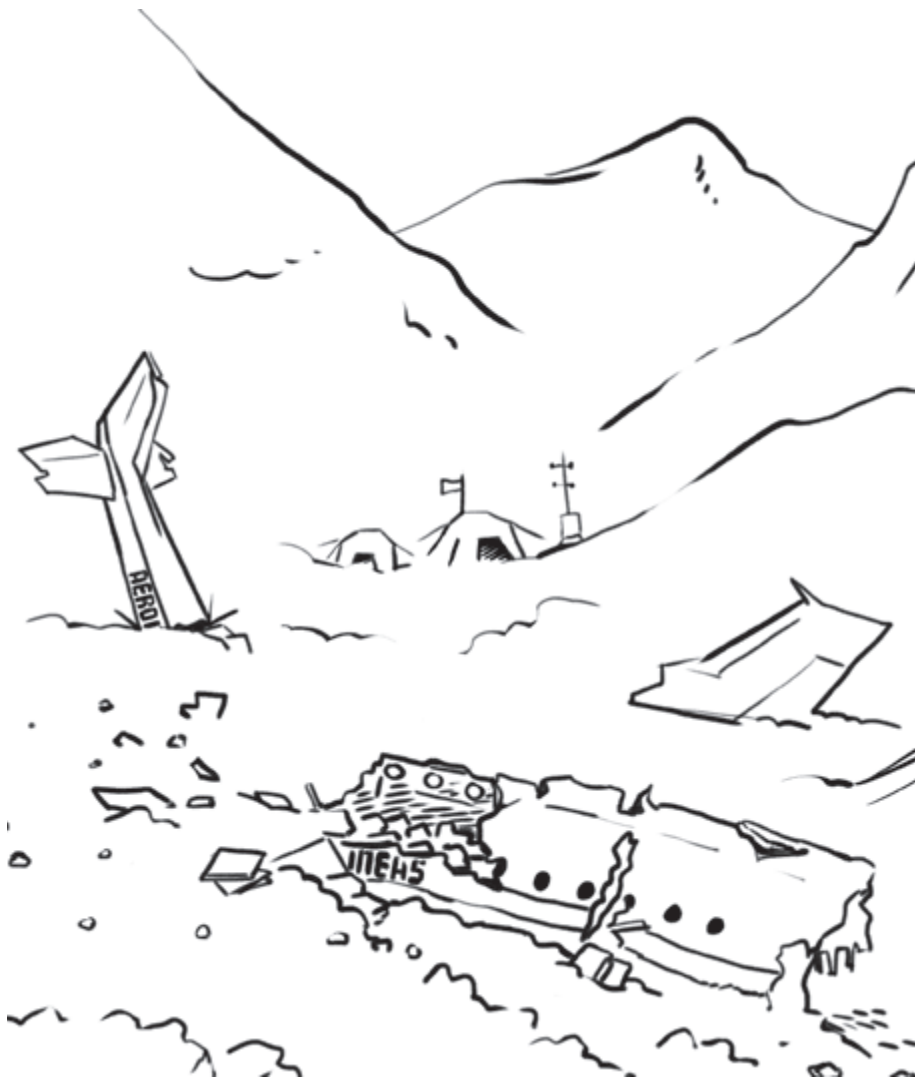
—No lo sé, no lo he leído —la gata, después de comerse su segundo desayuno, vuelve a subir a las piernas del inspector reclamando su ración de mimos.

—¡¿Por qué no lo ha hecho?! ¡Puede que haya algún dato importante para encontrar a Anna! —me siento a la mesa junto a él.

—El cuaderno venía en un sobre con una carta especificando que solo lo podía abrir el señor Eugene, y he respetado la voluntad de su sobrina. Léalo despacio y con cuidado. Posiblemente sea la clave para encontrar a Anna.

Engullo el último pedazo de tostada, respiro hondo y abro el cuaderno por la primera página.





EL AVIÓN

POR ANNA DÉDALUS

QUERIDO TÍO, SI ESTÁS LEYENDO ESTO, QUIERE DECIR QUE LA COSA VA POR BUEN CAMINO Y QUE ES POSIBLE QUE PRONTO NOS ENCONTREMOS.
RERO!
JIEHS

YA SABES QUE DECIDÍ VENIR A INVESTIGAR EL CASO DEL EXTRAÑO ACCIDENTE DE AVIÓN.

HE DESCUBIERTO MUY POCO EN LA CAPITAL Y HE DECIDIDO VENIR A INVESTIGAR SOBRE EL TERRENO.
CRONCH CRONCH CRONCH
CRONCH CRONCH

LAS CONCLUSIONES DE LA POLICÍA NO ME ACABABAN DE CONVENCER.
NUESTROS EXPERTOS NO HAN LOGRADO AVERIGUAR QUÉ PASÓ CON EL PASAJE DEL AVIÓN SINIESTRADO.
HEMOS ANALIZADO UN MILLÓN DE PROBABILIDADES Y TODAS NOS HAN LLEVADO, SIN REMEDIO, A UN CALLEJÓN SIN SALIDA.
SOLO NOS QUEDA UNA POSIBILIDAD...
ZZ
AJÁ.
ESTE... ¿VOS CREÉS EN LA VIDA EN OTROS PLANETAS, QUERIDA ANNA?
VIDA INTELIGENTE, ME REFIERO.
¿EH?... EJEM...
SEGÚN LOS ÚLTIMOS ESTUDIOS, LA VIDA COMO LA ENTENDEMOS EN LA TIERRA FUE DEBIDA A UN CÚMULO DE INCREÍBLES CIRCUNSTANCIAS QUE ES CASI IMPOSIBLE QUE SE HAYAN DADO, O QUE SE PUEDAN VOLVER A DAR, EN OTRO LUGAR, YA CONOCE LA PARADOJA DE FERMI.
SÍ, LA CONOZCO: SI HAY VIDA INTELIGENTE EN EL UNIVERSO, ¿CÓMO ES POSIBLE, DESDE UN PUNTO DE VISTA CIENTÍFICO Y CON LOS ADELANTOS DE QUE DISPONEMOS, QUE NO HAYAMOS ENCONTRADO NUNCA NINGÚN INDICIO SOBRE ELLA?
EXACTO.

PERO EXISTE ESE CASI. ES DECIR, QUE, POR PROBABILIDAD, SI HAY BILLONES Y BILLONES DE ESTRELLAS CON BILLONES Y BILLONES DE PLANETAS ORBITANDO ALREDEDOR DE ELLAS, ES POSIBLE QUE EN ALGUNO DE ESOS PLANETAS EXISTAN LAS MISMAS CIRCUNSTANCIAS, O PARECIDAS, PARA QUE SE DESARROLLE LA VIDA, ¿NO?
Y ES MÁS QUE PROBABLE QUE SE HAYA REPRODUCIDO LA VIDA Y LA INTELIGENCIA EN ALGUNO DE ELLOS.
¿A DÓNDE QUIERE IR A PARAR, INSPECTOR?
EH... SÉ QUE ESTO LE VA A SONAR DISPARATADO, PERO ESTAMOS CONVENCIDOS DE QUE EL PASAJE FUE, EJEM...,
... ABDUCIDO POR UN OVNI. TENEMOS CLAROS INDICIOS DE ELLO.
¡¿CÓMO?!
PENSÁ EN ELLO, QUERIDA. TODOS SUBEN AL AVIÓN Y ESTE DESPEGA, PERO, TRAS EL ACCIDENTE, NO HAY ABSOLUTAMENTE NADIE ENTRE LOS RESTOS DEL APARATO.
¿DÓNDE ESTÁN?...
ES LA ÚNICA EXPLICACIÓN... Y NO ES LA PRIMERA VEZ QUE PASA EN ESTAS TIERRAS.

SÉ QUE ES DIFÍCIL DE CREER, PERO LAS PISTAS DE ATERRIZAJE DE NAZCA EN PERÚ NO ESTÁN TAN LEJOS.

Y EN LOS BAJORRELIEVES MAYAS DE LA TUMBA DE PAKAL, EN EL TEMPLO DE PALENQUE, HAY FIGURAS QUE PARECEN ASTRONAUTAS AL MANDO DE UNA NAVE ESPACIAL.

ADEMÁS, HEMOS TENIDO TRES CASOS SIMILARES EN LOS ÚLTIMOS AÑOS CERCA DEL SINIESTRO, Y ALGUNOS ALDEANOS DE LA ZONA DONDE HA CAÍDO EL AVIÓN AFIRMAN HABER VISTO SERES EXTRAÑOS DE MÁS DE DOS METROS DE ALTURA MERODEANDO POR LAS MONTAÑAS.

BUENO, BUENO, NO SE EMOCIONE, INSPECTOR. DEJE QUE ME ACERQUE HASTA EL AVIÓN E INTENTE AVERIGUAR ALGUNA COSA MÁS QUE NOS DESVELE ESTE MISTERIO...

FRUS

COMO VOS DESEES, CAMARADA.

... Y QUE NO SEA TAN DESCABELLADA, DANIEL.

LAMENTABLEMENTE, NO PODRÉ ACOMPAÑARTE, PERO ME FÍO DE TU CRITERIO. IRÁ CONTIGO HORACIO, UNO DE MIS MEJORES HOMBRES.

DE ACUERDO, DANIEL. ME LLEVARÉ A BLOOM TAMBIÉN.

¿NECESITA ALGO MÁS, JEFA?

NO, HORACIO, ESTÁ TODO PERFECTO.

OK, JEFA, PUES, SI NO ME NECESITA, VUELVO A LA TIENDA PARA PASARLE EL PARTE AL JEFE. ACÁ HACE MUCHO FRÍO.

MUY BIEN. SI NECESITO ALGO, YA TE AVISO.

MIRA QUÉ RARO, BLOOM. PRÁCTICAMENTE NO HAY HUELLAS EN ESTE AVIÓN.

¿QUÉ PASA, BLOOM?

SNIF

SNIF

BROOM
FLUC
FLUC
FLUC
FLUC
FLUC
FLUC
FLUC
FLUC
VAYA, PARECE QUE SE ACERCA UNA TORMENTA.
VAMOS A IR ACABANDO, MUCHACHO.

¡AIN!
¡AIN!

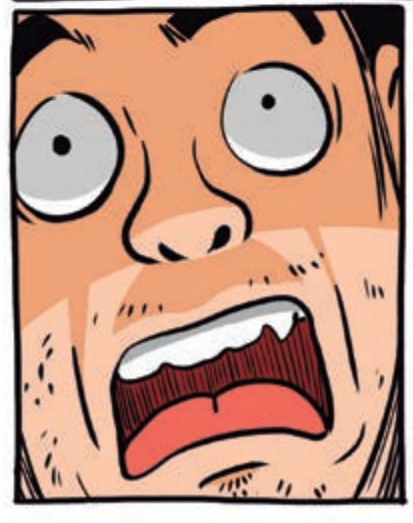
¡AIIIIN!
¡AIIIIN!

¡GUAU!
¡GUAU!

¡BLOOM!
¡¿QUÉ HACES?!
GRR

BROOOUMMMBA

¿?



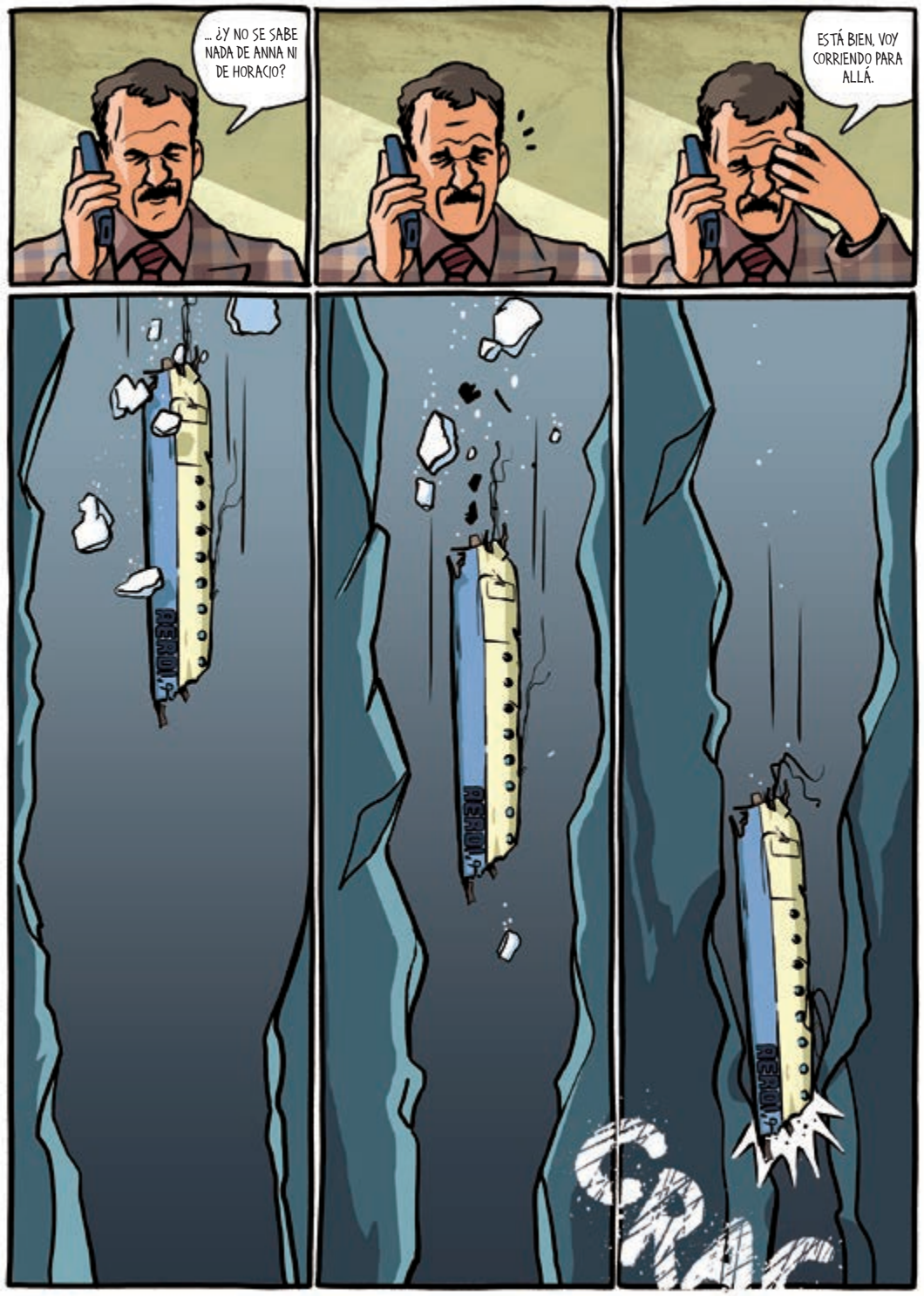
clonch

clonch
clonch
clonch
¡ALUD! ¡¡UN ALUD!!
CHUF
¡AY!
clonch
clonch
clonch
clonch
¡ÁTESE, SEÑORITA DÉDALUS!
¡MPF!
¡AIN!
¡ALUD! ¡¡UN ALUD!!
¡ÁTESE, SEÑOR...!
BRRUM

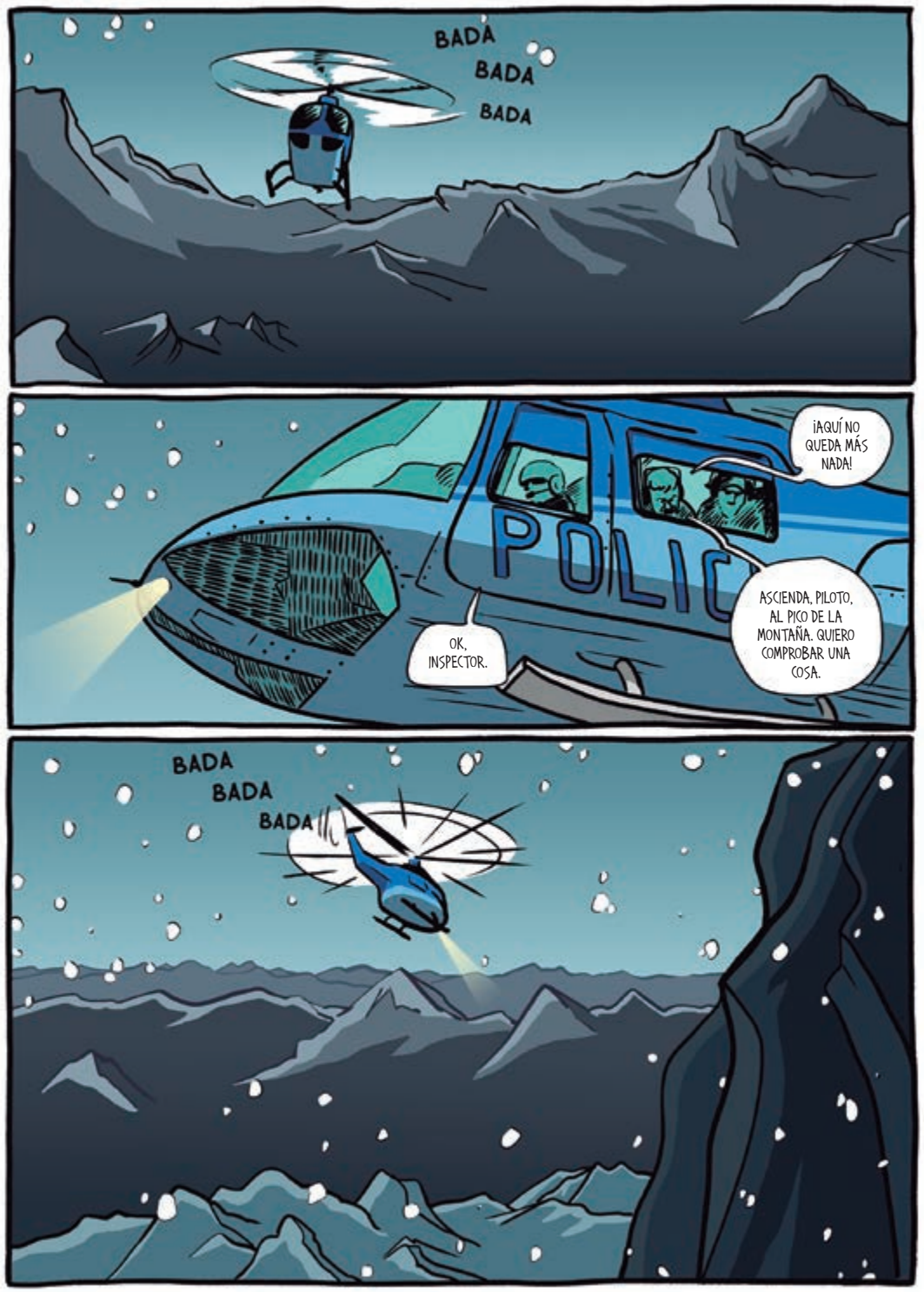
BORROUUUUMMMMMM
CRAC
CROC
BORROUUMMM
ZUUUUU...
JRRR
AERI
ÑEEEC

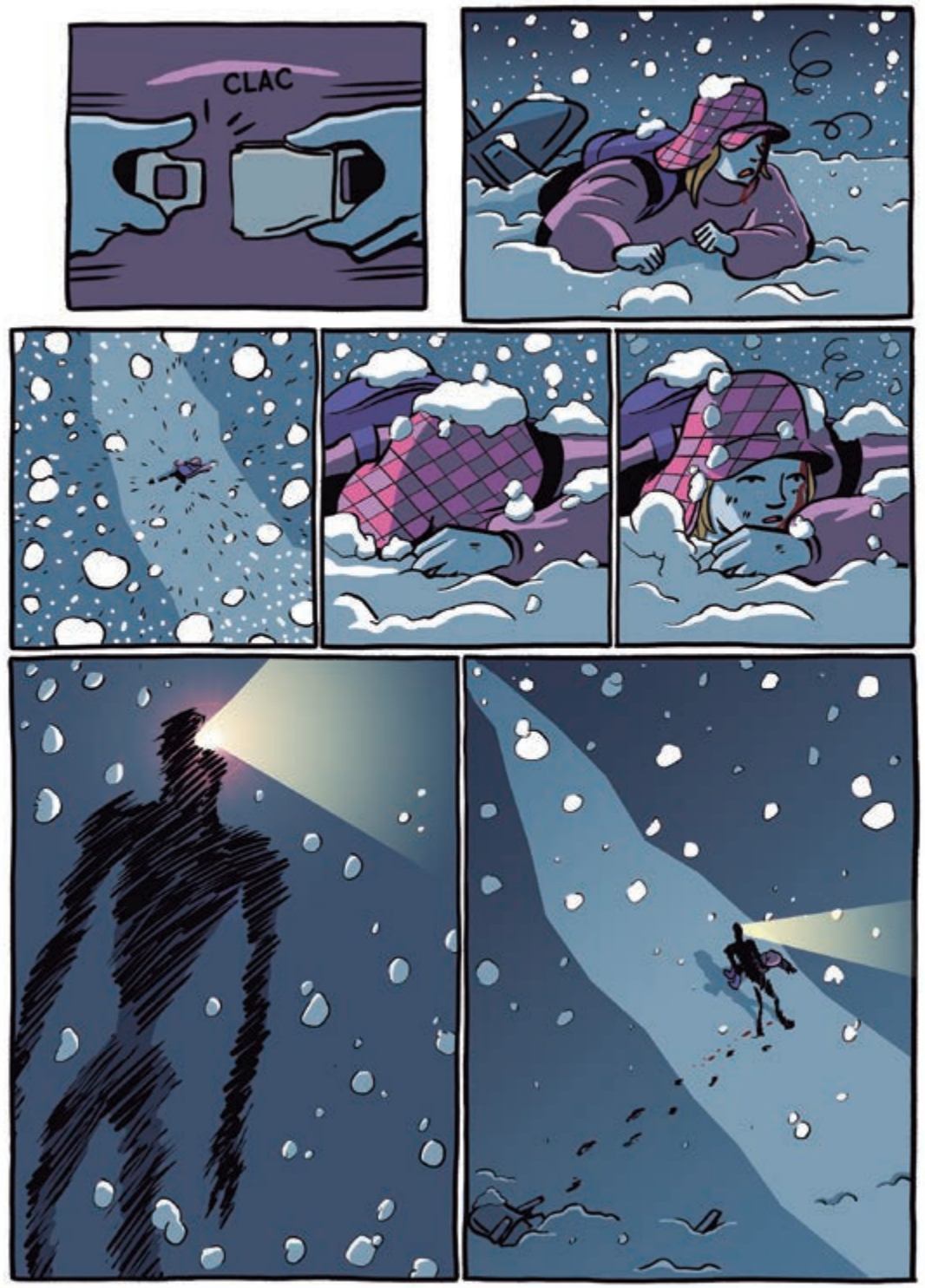
¡HIN!
¡HIN!
¡HIN!
CRIC
ÑEEEC
ÑEEEC
UF, ESTO ESTÁ MUY PELIGROSO, QUERIDO BLOOM.
VAMOS A HACER UNA COSA, COMPAÑERO.
AHORA QUIERO QUE VAYAS HACIA ALLÍ Y QUE SALGAS Y ME ESPERES AFUERA, ¿OK?
YO VOY A INTENTAR DESATARME CON CUIDADO Y LUEGO TE SIGO.

TIP
TAP
ÑIEEc
OK, BLOOM, DESPACIO.
AERO
CLAC
CLAC
CLAC
CLAC
GÑIIEE
AERO
ZZZZZZ
GUAU, GUAU.
¡GUAU!


... ¿Y NO SE SABE NADA DE ANNA NI DE HORACIO?
ESTÁ BIEN, VOY CORRIENDO PARA ALLÁ.
RESCUE
RESCUE
RESCUE
CRAC

TOING
¡AY!
RESCUE
Chac
ZUUUUU
CRONCH


BADA
BADA
BADA
POLIC
¡AQUÍ NO QUEDA MÁS NADA!
ASCIENDA, PILOTO, AL PICO DE LA MONTAÑA. QUIERO COMPROBAR UNA COSA.
OK, INSPECTOR.
BADA
BADA
BADA


CLAC

MIRE, CAPITÁN.
¿QUÉ ES?
LO QUE ME IMAGINABA... RESTOS DE UNA EXPLOSIÓN.
LO QUE SIGNIFICA QUE EL ALUD FUE PROVOCADO.
¡AUUUUUU!

LA VISITA

En cuanto acabo de leer el cuaderno, se lo paso al inspector, que lo lee en un santiamén mientras yo acabo de desayunar.

—No le ha sacado muy favorecido, ¿no?—le digo.

Cuando acaba de leerlo, levanta la cabeza y noto en su rostro cierto aire de decepción, como si esperara más de lo que en él se cuenta.

—No mucho, la verdad. Y sí, el alud fue provocado por una explosión, lo que quiere decir que Anna cayó en una trampa —comenta mientras cierra el cuaderno y acaricia a Matilda.

—¿Y si...? ¿Y si todo fue un montaje para atraer a Anna hasta el avión y, una vez allí, hacerla desaparecer? —digo sin esconder la preocupación; las preguntas sin respuesta se agolpan en mi cabeza—. ¿Quién o qué se llevó a Anna? ¿Quién puede haber montado todo eso? Y, por otro lado, los pasajeros..., ¿dónde están?

—Bueno, son cosas que tendremos que averiguar, pibe. Anna ha enviado a mucha gente a la cárcel y no le sobran enemigos. En cuanto al ser que se la ha llevado... refuerza la teoría de los extraterrestres, ¿no creés?

—Sí, es verdad. ¿Qué podemos hacer ahora? Si ha dibujado este cuaderno y lo ha enviado, es evidente que continúa con vida, aunque no sabemos dónde está ni en qué estado.

—Es cierto. Páseme el sobre un momento, Eugene.

Lo busco por la cocina, lo encuentro enseguida y se lo paso intrigado.

—Mmm, el matasellos que hay en el sobre pertenece a la estación de correos de Puente del Inca, una población en la provincia de Mendoza al pie de las montañas cercanas al avión siniestrado.

—Puente del Inca, ¿a qué se debe ese nombre?

—No tengo ni la más remota idea. Lo mejor es que vayamos allá a ver qué averiguamos.

—¡¿Vayamos?! —pregunto alarmado.

—Sí, claro. Si Anna le ha enviado el cuaderno, es obvio que quiere que vos vengás, ¿no creés?

—Sí, sí… eh… ¿Le he dicho que tengo pánico a volar?

El inspector me da un día para que arregle mis asuntos y nos vayamos hacia Argentina, así que llamo a Elías, uno de mis sobrinos, para que se haga cargo de Matilda y para que cuide de tía Amalia en mi ausencia. Es joven pero responsable, seguro que se hará cargo de todo sin problemas. Cuando viene a la tarde, le explico dónde está todo, cada cuánto le tiene que cambiar la arena a la gata, qué tipo de comida debe darle y cada cuánto tiempo, y, finalmente, le entrego las llaves del castillo. Luego le explico que tiene que ir a casa de tía Amalia a ayudarla con la compra y las comidas, y acompañarla en el paseo vespertino. Espero que no se líe y no acabe sacando a pasear a la gata en vez de a tía Amalia.

Al día siguiente, como estaba acordado, vamos a Madrid y luego hacia Buenos Aires con el inspector Daniel. He dormido fatal, soñando una y otra vez que perdía el avión. Siempre me pasa lo mismo cuando voy a viajar. Desde Madrid es un viaje de unas doce horas, así que me atiborro de tila en el bar del aeropuerto a ver si así me tranquilizo. Menos mal que el viaje es por la noche y puedo hacerlo durmiendo. Hace más de diez años que no vuelo y, la última vez que lo hice, casi me sacan del avión después de un ataque de histeria y de intentar abrir la puerta de emergencia. Pero ahora ya soy mayor y creo que podré controlar mis nervios. Seguro que sí, seguro que me puedo controlar… ¿De qué me estoy intentando convencer? ¡Por todos los dioses del Olimpo, no quiero subir a ese avión! Y, por si fuera poco, ¡vamos a hacer el viaje para investigar un accidente de avión!

El inspector hace rato que me está observando, y creo que intuye mi estado de ánimo. Oigo su voz allí en la distancia, lejos de la nube de preocupación en donde están ahora mis pensamientos.

—¿Cómo va, compañero? —dice en tono amable.

—¿Eh? Uf, no sé, creo que me estoy mareando.

—Tranquilo, pibe, el avión es el medio de transporte…

—Más seguro, lo sé, pero eso no quita que esté aterrorizado.

Subimos al enorme avión de Iberia. Es un boeing con tres filas de asientos donde deben de caber unas cuatrocientas personas, aunque no están todos los asientos ocupados. El inspector me ayuda con la maleta de mano, se sienta a mi lado y me aprieta cariñosamente el hombro en un gesto amistoso y tranquilizador. Intento encajar mis ciento veinte kilos de peso en el estrecho asiento que me corresponde. Cuando me doy cuenta, noto que estoy muy ansioso y que estoy respirando demasiado rápido.

—¿Estás bien?

—Uf, uf, uf. Sí,… no,… no sé.

—En cinco minutos salimos.

Al final, la tila hace su efecto, logro controlarme un poco y me tranquilizo. Ahora, a esperar el despegue, uno de los peores momentos. Pero pasan los cinco minutos y no salimos. Las luces del avión se apagan y se vuelven a encender, como si lo hubieran vuelto a iniciar. Luego pasan diez, quince, veinte minutos y seguimos sin despegar. Me vuelve a entrar el susto. De pronto, el comandante de vuelo dice por megafonía que ha notado irregularidades en el avión y que tenemos que bajar y tomar otro. Vamos, lo mejor que le podía pasar a un hipocondriaco como yo.

—Tranquilo, Eugene. Estos aviones tienen unos protocolos de seguridad muy estrictos, y si el comandante prefiere cambiar de avión, sus motivos tendrá —dice Daniel cuando ve que me he sacado el pañuelo del bolsillo para secarme el abundante sudor de mi frente.

Volvemos a salir todos del dichoso aparato, volvemos a esperar una hora a que traigan uno nuevo y volvemos a subir lentamente los casi cuatrocientos pasajeros. No os podéis imaginar lo que cuesta mover y organizar a tanta gente. En fin, al final partimos, con un despegue bastante tranquilo, con más de dos horas de retraso. Una vez en el asiento, me guardo el pañuelo empapado en sudor en el bolsillo, respiro hondo y me relajo del todo. La verdad es que una vez en el aire casi ni se nota que estás volando. Me ha tocado al lado de la ventanilla: mientras no me asome por ella, creo que puedo controlar mi nerviosismo. Además, al poco han sacado la cena, y, como siempre, comer me ha asentado el estómago y los nervios. No es que hayan servido mucha comida, la verdad; de hecho, demasiada poca para mi gusto. Menos mal que el inspector no es muy comedor y me ha regalado la mitad de su pollo, que he devorado ávidamente.

Después de cenar vemos una película muy mala de James Bond y luego nos recostamos a dormir. Como hay bastantes asientos libres, el inspector me deja el suyo para que me pueda estirar y duerma con comodidad y él se sitúa un par de filas detrás de la mía. El problema es que, como he bebido tanta tila, cada dos horas me despierto y tengo que ir al baño. Sobre las cuatro o las cinco de la mañana me vuelvo a despertar por las ganas. Todo el avión está durmiendo y hay una paz increíble en el aparato. Cuando vuelvo a mi asiento, me parece ver algo a través de la ventanilla. Sé que para mi fobia no es bueno que mire, no hay que alimentar a la alimaña, pero la curiosidad puede más que yo y acabo por matar al gato. Efectivamente, hay algo allá a lo lejos. Parecen ser un par de luces que se mueven a una velocidad endiablada y que vienen hacia nosotros, justo hasta ponerse a nuestro lado e igualar la velocidad del avión; ahora parece que estén quietas, colgadas de un hilo suspendidas entre las nubes. De pronto, una de ellas viene directamente hacia nosotros, el choque contra el avión

es inminente, pero, en el último momento, hace un vertiginoso giro hacia abajo y desaparece por debajo del aparato. Miro hacia todos lados dentro del avión a ver si alguien más lo está viendo, pero no, soy el único que está despierto, ni siquiera una azafata veo despierta. Cuando justo miro hacia la cola, observo que allá al fondo, entre las hileras de asientos de mi lado, se está formando una pequeña burbuja de luz azul. Me quedo paralizado, hipnotizado; la intensidad de la luz y el tamaño de la burbuja son cada vez mayores, así que me tapo los ojos con la mano a modo de visera. En un momento dado, parece que la intensidad de la luz disminuye, y me atrevo a volver a mirar. Del centro de la burbuja, ahora de un tamaño enorme, sale un gran ser azul, muy muy alto y delgado, de unos dos metros y medio de altura, que casi ni cabe en el avión y que emite una tenue luz azul desde su frente. Sus miembros también son increíblemente largos y delgados, al igual que su cabeza, en donde dos ojos grandes y oscuros me miran desde las profundidades del universo. El terror me paraliza y me oprime la garganta; intento gritar pero es imposible, no puedo; es como si una gran mano invisible me estuviera apretando el cuello. A estas alturas, el ser de dos metros y medio se ha acercado encorvado por el pasillo hasta mi asiento y ahora me mira directamente a los ojos. Parece increíble, pero su mirada hipnótica empieza a tranquilizarme un poco y dejo de tener tanto miedo. De pronto, muy lentamente, baja su enorme y larga cabeza justo hasta tenerla a la altura de la mía y me susurra al oído con una voz metálica pero agradable:

—Anna está bien, no te preocupes.

Y vuelve muy lentamente a su posición vertical. Desde allí arriba sigue mirándome, pestañea un par de veces, vuelve a bajar otra vez hasta situarse a la altura de mi oído y me dice:

—Y aún tienes ganas de mear.

Esto último, aunque es verdad, me deja bastante fuera de sitio, no me lo esperaba. El ser azul vuelve a incorporarse y,